

“FE, VERDAD Y CULTURA”, CONFERENCIA DE JOSEPH CARDENAL RATZINGER.

Mariano Bártoli Presas
Profesor
Universidad Gabriela Mistral

El tema de la fe y la verdad, tiene, en las puertas de un nuevo milenio, una significativa importancia. Son innumerables los movimientos religiosos y las sectas que han cobrado importancia como consecuencia del materialismo que domina el siglo XX, lo cual ha contribuido a producir un relativismo religioso que ha oscurecido la verdad sobre el cristianismo. Es por ello que hemos encontrado oportuno examinar la conferencia del cardenal Ratzinger "Fe, verdad y cultura", puesto que allí el cardenal nos ofrece una serie de reflexiones a partir de la encíclica "Fides et Ratio" conducentes a descubrir la relación que existe entre la fe verdadera y las diversas culturas que la acogen. En ese sentido, se aprecia en esta conferencia un verdadero complemento de la encíclica.

El mundo moderno es un mundo marcado por el relativismo, no sólo epistemológico, sino también moral y religioso; y la raíz de dicho relativismo, nos atrevemos a decir, es un profundo desprecio por la verdad. En esta perspectiva, la filosofía, que se define como la búsqueda de la verdad, queda indudablemente desplazada, y con ella, quedan desplazadas también las preguntas radicales, las cuestiones últimas. De esa manera, la vida humana queda sin raíces, pierde el sentido y ya no merece ser vivida. Es la persona humana, en definitiva, la principal afectada. Por ello, el Papa Juan Pablo II, fiel defensor de ella, ha escrito la encíclica "Fides et Ratio", con el propósito de defender la verdad y restablecer la dignidad de las ciencias filosóficas. Dice el Sumo Pontífice: "No podemos renunciar a la verdad sin descuidar el ministerio que hemos recibido. Reafirmando la verdad de la fe podemos devolver al hombre

contemporáneo la auténtica confianza en sus capacidades cognitivas y ofrecer a la filosofía un estímulo para que pueda recuperar y desarrollar su plena dignidad"(6).

En efecto, el clima cultural y filosófico general niega la capacidad de la razón humana para conocer la verdad. Esa misma razón que prometía resolver todos los problemas del género humano, ha perdido la confianza en sí misma, dado que se ha encerrado en la esfera de lo empírico, de lo fenoménico y se ha negado a ir más allá, al mundo metafísico, aquel donde se encuentra la riqueza inagotable del ser. La razón humana, aún herida por el pecado original, sigue poseyendo la capacidad de acceder al ser y a la verdad, ella es capaz de trascender lo meramente físico y superficial. De ahí la insistencia del Papa en una filosofía auténticamente metafísica. "Si insisto tanto en el elemento metafísico es porque estoy convencido de que constituye el camino obligado para superar la situación de crisis que afecta hoy a grandes sectores de la filosofía y para corregir así algunos comportamientos erróneos difundidos en nuestra sociedad"(84). He aquí la gran preocupación del Santo Padre, las consecuencias que una mala filosofía trae al obrar del hombre. Es la verdad práctica la que le inquieta, la verdad que se vive y que se descubre completamente en el misterio de Nuestro Señor Jesucristo. "La verdad que Dios ha comunicado al hombre sobre sí mismo y sobre su vida, se inserta, pues, en el tiempo y en la historia. Es verdad que ha sido pronunciada de una vez para siempre en el misterio de Jesús de Nazaret"(11).

Pero, "¿de qué se trata, en el fondo, la encíclica 'Fides et Ratio'?" Con estas palabras, el Cardenal Joseph Ratzinger inicia su conferencia "Fe, verdad y cultura", en la cual realiza algunas reflexiones a propósito de la encíclica. Y la respuesta que nos da, no podía ser más acertada. Dice el Cardenal: "La encíclica quisiera sencillamente animar de nuevo a la aventura de la verdad". El mensaje de la encíclica es una reacción ante la enorme crisis que estamos viviendo y un grito a la razón para que recupere la confianza en su capacidad de conocer a Dios, y las verdades fundamentales de la existencia. A nuestro juicio, Ratzinger se suma al Papa Juan Pablo II para extendernos una invitación formal a volver a pensar, para poder darle a la fe el sólido fundamento de una filosofía enraizada en el ser. Esto porque "la cuestión de la verdad es la cuestión esencial de la fe cristiana", ya que "sólo si la fe cristiana es verdad, afecta a todos los hombres; si es sólo una variante cultural de las experiencias religiosas del

hombre, entonces tiene que permanecer en su cultura y dejar a las otras en la suya". Estamos aquí en el problema medular de la conferencia: el relativismo religioso. ¿Es el cristianismo la fe verdadera o sólo es una manifestación más de la religiosidad natural del hombre propia de occidente? Fe y cultura se ven implicadas a partir del problema de la verdad.

La conferencia está dividida en tres partes y termina con unas reflexiones conclusivas, además de una breve introducción. La primera parte lleva por título "Las palabras, la Palabra y la verdad". En ella el cardenal describe perfectamente la situación cultural que vive el mundo moderno. Lo presenta como un mundo que ha querido excluir la cuestión de la verdad, hasta el punto de que preguntarse por la verdad no sería moderno. "No tiene sentido preguntar sobre lo que es; sólo podemos preguntar sobre lo que podemos hacer con las cosas. La cuestión no es la verdad, sino la praxis, el dominio de las cosas para nuestro provecho". La cultura heredera del positivismo sólo acepta como verdadero aquello que puede verificarse, medirse y cuantificarse. De esa manera se encierra a la razón en el dato empírico. El cardenal lo sabe y lo critica: "El hombre, dice, no está aprisionado en el cuarto de espejos de las interpretaciones; puede y debe buscar el acceso a lo real, que está tras las palabras y se le muestra en las palabras y a través de ellas". Las palabras no son voces huecas que están esperando ser interpretadas o llenadas de contenido por un sujeto. La palabra es un símbolo, ciertamente y como tal es arbitrario, pero la palabra designa un concepto y éste a su vez significa la cosa, lo real. Mucho más realidad posee la Palabra (de Dios), por lo que no podemos ir de interpretación en interpretación, sin llegar nunca a descubrir algo verdadero. "Si el hombre queda fuera de la verdad, entonces ya sólo puede dominar sobre él lo coyuntural, lo arbitrario". De ahí la enorme importancia que tiene "abrir siempre de nuevo el camino hacia lo necesario y lo que se torna necesidad". La encíclica y la conferencia del cardenal contribuyen enormemente a abrir la puerta a la cuestión de la verdad, la puerta más allá del lenguaje que gira sobre sí mismo y sobre lo empírico y superficial. "Nunca, dice Ratzinger, es anacrónica la confianza en buscar la verdad y en encontrarla. Es ella la que mantiene al hombre en su dignidad".

La segunda parte, "Cultura y Verdad", está dividida en dos apartados. En el primero, titulado "La esencia de la cultura", ingresa el cardenal en el problema del relativismo religioso: "Hoy, nos plantea Ratzinger, se contraponen de buen grado la relatividad

de las culturas a la pretensión universal de lo cristiano, que se funda en la universalidad de la verdad". El cristianismo sería un asunto confinado a occidente, no poseería validez universal y por tanto aparece como una religión comparable al budismo o al brahmanismo. Una encíclica sobre la fe verdadera, no podía dejar de lado la cuestión entre verdad y cultura. Y entonces se formula la pregunta de si acaso puede darse la comunión de las diversas culturas en la única verdad, si puede decirse la verdad para todos los hombres, trascendiendo las diversas formas culturales. El cardenal Ratzinger nos conduce a través de la encíclica y bien en su interior nos muestra como el Papa responde aquella cuestión: "El anuncio del Evangelio, dice el Papa, en diversas culturas, aunque exige de cada destinatario la fe, no les impide conservar una identidad cultural propia. Ello no crea división alguna, porque el pueblo de los bautizados se distingue por una universalidad que sabe acoger cada cultura, favoreciendo el proceso de lo que en ella hay de implícito hacia su plena explicitación en la verdad". Así apreciamos que la cultura lejos de ser algo estático, que se concretiza en culturas incapaces de comunicarse entre sí e intercambiar sus riquezas diversas, es en su esencia "dinámica y comunicativa", es decir, capaz de recibir la verdad y expresarla de distintas maneras. Las culturas, dice el Sumo Pontífice, "cuando están profundamente enraizadas en lo humano, llevan consigo el testimonio de la apertura típica del hombre a lo universal y a la trascendencia".

Esta universalidad de la verdad cristiana que la hace trascender las diversas culturas, lo desarrolla el cardenal en el segundo apartado de esta segunda parte, que tiene como título: "La superación de las culturas en la Biblia y en la historia de la fe". Si bien la encíclica aborda el desarrollo del pensamiento filosófico en el interior de la Biblia y el encuentro decisivo de la fe con la sabiduría griega, Ratzinger añade algunas reflexiones. En ellas describe el cardenal cómo la Verdad de Dios, del Dios de todos los pueblos, ha hecho que Israel se desarraigue de su identidad cultural, del culto a la propia tierra, a la raza y a su nacionalidad. "La liberación de la ley que Pablo alcanza por su encuentro con Jesucristo resucitado, lleva esta orientación fundamental del Antiguo Testamento hasta su consecuencia lógica: significa la universalización plena de esta fe, que se separa del orden nacional". Y agrega luego: "Ahora son invitados todos los pueblos a entrar en este proceso de superación de lo propio...". Todas las culturas están llamadas a acoger la Verdad de la fe cristiana. La Verdad de Dios no es exclusiva de alguna cultura en particular.

Esto vale también para la cultura griega. Es cierto que dicha cultura, como ninguna otra, sirvió como instrumento eficaz para la difusión del cristianismo, pero si los Padres pudieron asumir el diálogo con la filosofía griega, fue porque esta filosofía había comenzado un proceso de autocrítica de la propia cultura y el propio pensamiento. La fe, más que unirse a la cultura griega, se unió a su espíritu de autosuperación. "Ciertamente, nos dice el cardenal, la fe no puede entrar en contacto con filosofías que excluyen la cuestión de la verdad, pero sí con movimientos que se esfuerzan por salir de la cárcel del relativismo".

Resulta también interesante plantearse por qué el cristianismo no asumió las antiguas religiones. Y la respuesta es precisamente que de esa manera no se canonizó ninguna cultura en particular. Se ingresó a la cultura a través de su fundamento: la filosofía. Las religiones, en cambio, han podido proporcionar actitudes, como por ejemplo el respeto, la humildad, la abnegación, la bondad, al amor al prójimo, la esperanza de vida eterna. Termina este apartado y con él la segunda parte, señalando la importancia del aporte de las religiones para la cuestión del significado salvífico de ellas. Dice el Cardenal: "No salvan, en cuanto sistemas cerrados y por fidelidad al sistema, sino que colaboran a la salvación en la medida en que llevan a los hombres a preguntarse por Dios, buscar su rostro, buscar el reino de Dios y su justicia". Esta afirmación es tremendamente importante, ya que se anticipa de alguna manera a la Declaración "Dominus Iesus", afirmando la universalidad y la unicidad salvífica de la Iglesia Católica. El mismo cardenal Ratzinger en la presentación del citado documento señaló: "La estima y el respeto por las religiones del mundo, así como por las culturas que han dado un objetivo enriquecimiento a la promoción de la dignidad del hombre y al desarrollo de la civilización, no disminuye la originalidad y la unicidad de la Revelación de Jesucristo y no limita en modo alguno la tarea misional de la Iglesia". Precisamente esta cuestión de la salvación y de la Iglesia como camino de salvación es el tema de la tercera parte.

La tercera parte, denominada "Religión, verdad y salvación", aborda el problema planteado al final de la segunda parte, es decir, ¿son todas las religiones caminos de salvación? Señala el cardenal que la visión corriente es pretender que a través de todas las religiones se llega a la salvación, al menos como caminos "extraordinarios". Quienes sostienen esto declaran que Dios no puede rechazar a los hombres sólo porque no profesen el

cristianismo. Dios en su infinita misericordia aceptará su vida religiosa lo mismo que la del cristiano. Esta teoría de la salvación universal ha llegado incluso a incluir a aquellos que no teniendo una forma de existencia religiosa, viven coherentemente. La vida con Cristo y sin Cristo viene a ser lo mismo. Estamos entonces de nuevo en el relativismo. Y el cardenal lo denuncia fuertemente: "La verdad es sustituida por la buena intención; la religión se mantiene en lo subjetivo, porque no se puede conocer lo objetivamente bueno y verdadero". Estas teorías que afirman y defienden la salvación universal, nos alerta el cardenal, no consideran suficientemente tres cosas. Estas tres cosas que Ratzinger pasa a comentar, articulan los tres apartados de esta última parte.

La primera idea que desconocen las teorías antedichas es que las religiones no son todas iguales. En efecto, señala el cardenal "hay formas religiosas degeneradas y enfermas que no elevan al hombre, sino que lo alienan". Sostener que todas las religiones nos conducen a la salvación es considerar que las religiones son todas igualmente buenas, sin embargo, este indiferentismo, idealista podríamos decir, no nos conduce a ninguna parte, puesto que no sólo hay religiones que en nada consideran la dignidad humana, sino que también hay algunas que poseyendo una grandeza moral, pueden enfermar y degenerar en abusivas contra el hombre mismo. El relativismo aparece entonces como peligroso. "La renuncia a la verdad no sana al hombre".

En segundo lugar, sostener que todas las religiones conducen a la salvación eterna, termina neutralizando el pensamiento en la vida eterna, pues, como señala el cardenal, uno llega de todos modos a ella. Dicha teoría, desconoce que "la salvación en el más allá supone la vida correspondiente en el más acá". La salvación se obtiene en esta tierra, con un modo de obrar recto y justo. Pensar de otra manera es afirmar que cualquier comportamiento nos conduce a Dios y eso no es más que relativizar arbitrariamente las formas de conducta.

La última idea que destaca el cardenal Ratzinger es que aquellos que tales teorías sostienen, desconocen la verdad sobre la conciencia. Para ellos "en lo que afecta a la moral y a lo religioso, la última instancia es el sujeto". Pero esto es así, sólo si la verdad es incognoscible, si la verdad sobre la ley moral nos es inaccesible; de otra manera el juicio de la conciencia debe respetar la verdad

de las normas morales. Vemos nuevamente como el relativismo vuelve a estar detrás de estas teorías que no hacen más que alejar al hombre de Dios y de la verdad.

El cardenal Ratzinger termina su conferencia con unas reflexiones finales, en las cuales hace un ferviente llamado a la filosofía, no sólo a ser el fundamento sólido de las verdades de fe, sino también a dejarse empapar por la "sagrada tradición de las religiones". De hecho, señala el cardenal "no hay ninguna gran filosofía que no haya recibido de la tradición religiosa, luces y orientaciones". La relación entre ambas ha de ser fecunda, así no sólo la filosofía ha de ser "ancilla theologiae", sino también de alguna manera la teología ha de ser "ancilla philosophiae". "Cuando la filosofía apaga totalmente este diálogo con el pensamiento de la fe, acaba en una seriedad que se va vaciando de contenido. Al final se ve impelida a renunciar a la cuestión de la verdad, y esto significa darse a sí misma por perdida. Pues una filosofía que ya no pregunta quiénes somos, si existe Dios y la vida eterna, ha abdicado como filosofía". Dicho de otra forma, si la filosofía no se pregunta por las cuestiones últimas, deja de ser filosofía. Por ello que si el hombre deja de hablar de Dios, del pecado, de la gracia, de la vida eterna, "entonces todo grito y todo ruido que haya será sólo un intento inútil para hacer olvidar el enmudecerse de lo propiamente humano".

Ciertamente, la conferencia "Fe, verdad y cultura", del Cardenal Joseph Ratzinger, no podía ser más oportuna. No solamente porque nos permite internarnos en las profundidades de una encíclica riquísima en contenido, sino que además nos permite volver a apreciar en todo su esplendor y vitalidad la Verdad del cristianismo, que es capaz de trascender las particularidades de las diversas culturas para llevar la "Buena Nueva" a todos los hombres.

Señalamos al comienzo de estas líneas que tanto la encíclica como la conferencia eran una invitación a pensar, a reemprender la búsqueda de la verdad, pues bien, en cada palabra pronunciada, el cardenal pareciera decirnos con Juan Pablo II, como si ambos fueran una misma voz: "Es preciso no perder la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda, junto con la audacia de descubrir nuevos rumbos" (Fides et ratio).